extremos del mundo. ¡Murió el nuevo Aarón, gran sacerdote, á quién Dios dió autoridad á sus palabras para enseñar á Jacob los testimonios, y para dar á Israel el conocimiento de su ley! ¡Murió el Pontífice mártir, el prisionero sublime del Vaticano, que aparece ante el mundo y ante la posteridad como el defensor de un derecho inalienable y sagrado, y que le obliga á exclamar en las postrimerías de su vida: ¡He amado la justicia; por ella he arrostrado largos combates, trabajos, desprecios, asechanzas y toda suerte de penalidades; pero puesto por Dios como vengador y defensor de la Fe, no me doblegaré ante mis enemigos: dulce es morir entre los hierros de la cárcel!

Hemos venido á llorar hoy sobre su tumba, á depositar nuestras lágrimas sobre sus tristes despojos, como un testimonio del amor de nuestras almas y del sentimiento filial de nuestros pobres corazones. Los hijos del mundo sobre los restos de sus deudos depositan coronas hermosas y frescas que pronto se marchitan y se secan; más nosotros, herederos de las promesas divinas, depositamos sobre la tumba gloriosa de nuestro Padre querido las flores del alma que no se marchitan, las santas plegarias del corazón adolorido que suben hasta el cielo para orar por los que mueren!

¡Arrodillaos, pues, hermanos míos muy amados en Jesucristo, ante ese altar para derramar allí vuestros corazones desbordantes de tristeza y de dolor, y para que lleguen al cielo vuestros gemidos y vuestro llanto; el Dios de las misericordias, que pesa en la balanza de su justicia las acciones de los hombres, derramará sus favores y sus gracias sobre el gran Pontífice que acabamos de perder! Sí, pedid con instancia, para que Dios N. S. se digne glorificar en el cielo á aquel que en la tierra tanto trabajó por la

gloria divina! ¡Orad para que sea recibida en el cielo esa alma gigante, esa inteligencia creadora, que señaló su camino con las luces esplendidas de su glorioso destino, y que por todas partes nos dejó los testimonios de su bondadoso corazón!

¡Ah! El murió para el mundo; pero se escribirá su nombre con letras de oro en las páginas de la Historia, se inmortalizará su memoria en los mármoles y en los bronces, su imagen se grabará en el corazón de sus hijos, y su frente será coronada en el cielo con los esplendores de una gloria verdadera!

¡Oh santo y venerable Anciano! Duerme en paz, y descansa ya de las fatigas de esta vida que pasa y se acaba. En torno de tu féretro se han agrupado tus hijos, mudos y tristes, para contemplar de cerca los vanos y efímeros triunfos de la muerte; la púrpura y el oro que cubren tus restos son las insignias brillantes de tu reinado y de tu martirio. Ya no extenderás á estos tus hijos tus descarnadas manos para que impriman en ellas un ósculo, que se convertía en lágrimas de sus ojos y en caricias de tu corazón; ya no escucharán aquella voz vibrante y solemne que les hablaba con tanta dulzura y majestad; ya no contemplarán de cerca tus miradas brillantes, tu semblante sereno y amable, aquella frente coronada con el invierno de la vida, y aquel tu continente, tan majestuoso y venerable, que embargaba los corazones y subyugaba las almas! Nos queda el consuelo de que esa tu alma inmortal, desligada de los lazos de la vida, goza ya de las dichas del cielo ¡Ah! sí, porque está escrito *que cómo brillan las estrellas en el firmamento, así brillan los justos en el cielo por toda la eternidad*, y tu alma es una alma justa que brilla en el cielo con singular fulgor; dice también el Sagrado Texto que *el que enseñare y practicare aquí en la tierra, será engrandecido en el cielo*, y tú, que con tanto celo enseñaste al

pueblo fiel y lo estimulaste con tu santo ejemplo, serás engrandecido, así lo esperamos, en el reino de los cielos!

Nuestro Illmo. Prelado, el M. I. y V Cabildo, el Venerable Clero, las Colonias extranjeras y el pueblo todo, nos hemos congregado en esta insigne Basílica para rendir á tu santa memoria este homenaje justísimo de la piedad de nuestras almas y del amor de nuestros corazones; que nunca se borren de nuestra memoria las lúgubres impresiones de esta memorable solemnidad; que sepamos aprovecharnos de las enseñanzas sublimes y eminentemente prácticas que cual preciosa herencia nos legaste en tus Encíclicas admirables; que obedezcamos tus mandatos y tus sabios consejos para vivir siempre adheridos á la Cátedra de Pedro, que es el deber de todo cristiano; y qué finalmente, tu santo ejemplo nos aliente en las luchas de la vida por la causa de Dios!

El sacratísimo Corazón de nuestro amable Jesús, la Santísima Virgen María y los santos confesores de Cristo, cuyas glorias y alabanzas publicaste por todas partes, se dignen colocar tu hermosa alma en el seno del Señor; y así como consagraste á todo el género humano al Sagrado Corazón de nuestro Señor Jesucristo, acercando á todos los pueblos del mundo á Aquel *que es el camino la verdad y la vida*, así se digne El recompensar tu obra magnífica dándote el descanso sempiterno, la paz de los santos y las dichas del cielo. Amen.

R. I. P.